

The image is a promotional poster for a television series. It features a woman in a long, flowing red dress standing in a lush green field. In the center of the field is a dark wooden chair with a bright red upholstered seat and backrest. The background is a dark, stormy sky with swirling clouds and several dandelions with their seeds blowing away. At the top, there is a decorative black frame with intricate scrollwork and floral patterns. Inside this frame, the title 'Tierra de Magia' is written in a stylized, white, serif font. Below the frame, the name 'AMANDA HOCKING' is written in large, white, serif capital letters. At the bottom of the poster, the title 'EL VIAJE' is written in very large, white, serif capital letters, partially obscured by green foliage. In the bottom left corner, there is a small white rectangular box with the word 'DESTINO' written in black capital letters.

Tierra de Magia

AMANDA HOCKING

EL VIAJE

DESTINO

Prólogo

Hace once años

Hubo algunos acontecimientos que hicieron que aquel día fuera más especial que cualquier otro: era mi sexto cumpleaños y mi madre tenía un cuchillo en la mano. No era uno de esos diminutos cubiertos para cortar carne, sino una especie de enorme machete de carnicero que lanzaba destellos de luz como en las películas malas de terror. Definitivamente, quería matarme.

Trato de volver a los días previos a ése para ver si pasé algo por alto en su conducta, pero no tengo ningún recuerdo de ella antes de aquel día. Puedo evocar algunos sucesos de mi niñez e incluso a mi padre, que murió cuando yo tenía cinco años. Pero a ella no la recuerdo.

Cuando le pregunto a Matt, mi hermano, acerca de nuestra madre, siempre me responde con frases como «Está loca de atar, Wendy, eso es lo único que necesitas saber». Él es siete años mayor que yo y recuerda mejor las cosas, es sólo que no quiere hablar al respecto.

Durante mi niñez vivimos en los Hamptons y mi madre no se dedicaba a nada en particular. Había contratado a una niñera para

que viviera con nosotros y se hiciera cargo de mí, pero la noche anterior a mi cumpleaños tuvo que irse para atender un asunto familiar urgente. Mi madre tuvo que ocuparse de mí por primera vez en su vida y a ninguna de las dos nos hizo feliz la idea.

Yo ni siquiera deseaba una fiesta. Me gustaban los regalos, pero no tenía amigos. Los únicos que asistieron fueron los conocidos de mi madre, acompañados de sus pedantes hijos. Ella planeó una especie de reunión de té para princesas, que yo no quería; sin embargo, Matt y la señora de la limpieza pasaron toda la mañana organizándola de todas formas.

Para cuando llegaron los invitados ya me había quitado los zapatos y arrancado los moños que llevaba en el pelo. Mi madre bajó justo cuando estaba abriendo los regalos y observó toda la escena con sus gélidos ojos azules.

Su rubio cabello estaba peinado con delicadeza hacia atrás, y se había pintado la boca con un lápiz de labios de color rojo brillante que la hacía parecer aún más pálida. Todavía llevaba puesta la bata de seda roja de mi padre, su única vestimenta desde que él murió, pero en esta ocasión se había tomado la molestia de usar un collar y zapatos negros de tacón como si con eso pudiera convertir la bata en un atuendo apropiado.

Nadie lo mencionó porque todo mundo estaba demasiado ocupado viéndome abrir los regalos. Me quejé de absolutamente todos los que desarrollé porque sólo eran muñecas, caballitos e infinidad de baratijas con las que jamás jugaría.

Mi madre atravesó la sala, deslizándose con sigilo entre los invitados para llegar hasta mí. Acababa de rasgar el papel de ositos rosados con que estaba envuelta una caja, justo para encontrar otra muñeca de porcelana más. En lugar de mostrar mi gratitud, comencé a gimotear diciendo lo estúpido que me parecía el regalo.

Pero antes de que pudiera terminar de quejarme, ella me abofeteó con fuerza.

—Tú no eres mi hija —dijo con una voz helada. La mejilla me ardía en el sitio donde me había golpeado; me quedé mirándola boquiabierta.

Con rapidez la señora de la limpieza animó a todos a continuar la fiesta, pero lo que había expresado mi madre se fue infiltrando en su mente durante toda la tarde. Creo que en el momento de decirlo sólo tenía la intención de que sonara como cuando los padres están molestísimos con sus hijos porque se han portado mal, pero luego noté que cuanto más lo razonaba, más lógico le parecía.

Después de varias rabieta similares por mi parte, alguien decidió que ya era el momento de cortar el pastel. Mi madre había ido a la cocina en su busca, pero se estaba demorando demasiado, así que fui a ver si estaba bien. Ni siquiera sé por qué fue ella en lugar de la señora de la limpieza, que era muchísimo más maternal.

El enorme pastel de chocolate cubierto con flores rosadas estaba sobre la encimera de la cocina. Mi madre se encontraba de pie al otro lado y en la mano sostenía el enorme cuchillo que estaba usando para cortar y servir el pastel en los platos de postre. El cabello se le estaba soltando de entre los pasadores con los que se había peinado.

—¿Chocolate? —Arrugué la nariz, pero ella siguió sirviendo cuadraditos perfectos de pastel en los platos.

—Sí, Wendy, a ti te gusta el chocolate —me informó mi madre.

—¡No, no me gusta! —Me crucé de brazos—. ¡Odio el chocolate! ¡No pienso probarlo y no puedes obligarme a hacerlo!

—¡Wendy!

El cuchillo tenía algo de chocolate en la punta y apuntaba en mi dirección, pero no me sentí amenazada; si hubiera sido así, todo habría resultado diferente. Yo sólo quería continuar con mi berrinche.

—¡No, no, no! ¡Es mi cumpleaños y no quiero chocolate!
—grité y luego patealeé lo más fuerte que pude.

—¿No quieres chocolate? —Mi madre me miró con sus grandes ojos azules llenos de incredulidad. En su fulgor detecté una nueva clase de locura, y entonces el miedo comenzó a apoderarse de mí—. ¿Qué clase de niña eres, Wendy?

—Rodeó la mesa a paso lento y se dirigió hacia mí. En su mano el cuchillo tenía un aspecto mucho más amenazante que unos segundos antes.

—Estoy segura de que no eres mi hija. ¿Qué eres, Wendy?

Retrocedí sin despegar la vista de ella; parecía enloquecida. La bata se le resbaló de los hombros y quedaron a la vista los delgados huesos de sus clavículas y el camisón negro que llevaba debajo. Dio un paso al frente con el cuchillo apuntando directamente hacia mí; debí gritar o salir corriendo, pero me quedé paralizada.

—¡Estuve embarazada, Wendy! ¡Pero tú no eres el bebé que di a luz! ¿Dónde está mi bebé? —Las lágrimas asomaron en sus ojos y yo me limité a sacudir la cabeza—. Tal vez lo mataste, ¿no es verdad?

Arremetió contra mí exigiendo a gritos que le dijera qué había hecho con su verdadero bebé. Me hice a un lado justo a tiempo, pero me arrinconó en una esquina. No podía moverme, por lo que me quedé pegada a los anaqueles de la pared; estaba claro que ella no tenía intención de dejarme escapar.

—¡Mamá! —gritó Matt desde el otro lado de la cocina.

Mi madre parpadeó al reconocer la voz del hijo al que sí

amaba. Por un momento creí que su presencia la contendría, pero sólo la hizo percatarse de que el tiempo se le estaba acabando, así que levantó el cuchillo.

Matt se lanzó contra ella, pero no pudo evitar que la hoja del cuchillo atravesara el vestido y me rasgara la piel del estómago. Mi ropa se llenó de sangre y el dolor me invadió, lo que me hizo sollozar a pleno pulmón. Mi madre forcejeó con Matt; se negaba a soltar el cuchillo.

—¡Matthew, ella asesinó a tu hermano! —insistía, mirándolo con demencia—. ¡Es un monstruo! ¡Tenemos que detenerla!

El hogar

La babilla me colgaba de la boca sobre el pupitre. Abrí los ojos justo a tiempo para oír que el señor Meade cerraba su libro de golpe. Apenas llevaba un mes asistiendo a sus clases, pero ya me había dado cuenta de que aquélla era su forma predilecta de interrumpir mis siestas en su clase de historia. Por más que trataba de permanecer despierta, su monótona voz siempre acababa por arrullarme, hasta que me rendía y caía dormida.

—¿Señorita Everly? —preguntó con brusquedad el señor Meade—. ¿Señorita Everly?

—¿Mmm? —murmuré.

Levanté la cabeza y me limpié la babilla con mucha discreción. Miré alrededor para ver si alguien lo había notado, pero todo el mundo estaba distraído excepto Finn Holmes. Sólo llevaba una semana en la escuela, lo cual lo convertía en el único alumno más nuevo que yo. Cada vez que me volvía para mirarlo, parecía estarme observando sin ningún reparo, como si quedarse embobado conmigo fuera de lo más normal.

Su quietud e inmovilidad eran perturbadoras. Además, a pesar de que coincidía en cuatro clases conmigo, no le había oído decir una sola palabra en todo ese tiempo. Su cabello era del mismo color negro que sus ojos y siempre lo llevaba peinado hacia atrás. En realidad era muy guapo, pero su actitud me desconcertaba demasiado como para sentirme atraída.

—Lamento mucho despertarla. —El señor Meade se aclaró la garganta para llamar mi atención.

—No hay problema —dije.

—Señorita Everly, ¿por qué no va al despacho del director? —sugirió el señor Meade; yo gruñí—. Ya que ha adquirido el hábito de quedarse dormida en mi clase, tal vez él le pueda sugerir algunas formas para mantenerse despierta.

—Estoy despierta —insistí.

—Señorita Everly, por favor. —El señor Meade señaló la puerta como si se me hubiera olvidado cómo salir de allí y necesitara que me lo recordaran.

Lo miré fijamente y, a pesar de la severidad que reflejaban sus ojos grises, supe que se derrumbaría con facilidad. Una y otra vez repetí en mi cabeza: «No tengo que ir al despacho del director. Usted no quiere enviarme allí. Permítame quedarme en clase», y en tan sólo unos segundos su rostro se relajó y sus ojos se vidriaron.

—Puede permanecer en el aula y terminar la clase —dijo el señor Meade aturdido. Luego sacudió la cabeza y se restregó los ojos—. Pero la próxima vez no dudaré en enviarla de inmediato al despacho del director, señorita Everly. —Parecía confundido, pero después de un minuto se volvió a sumergir en su clase de historia.

No estaba muy segura de lo que hacía; trataba de no darle demasiadas vueltas, o al menos de no llegar a articularlo. Un

año antes había descubierto que si me concentraba mucho en algo y me quedaba mirando a alguien con la intensidad suficiente, podía lograr que hiciese lo que yo quería.

A pesar de que sonaba fabuloso, trataba de evitarlo en la medida de lo posible: en parte porque me sentía como loca por creer que de verdad podía lograr algo que, cosa rara, siempre conseguía, pero sobre todo porque no me gustaba, me hacía sentir una persona tramposa y manipuladora.

El señor Meade siguió hablando e intenté escucharlo con atención porque me sentía culpable. No me había gustado manipularlo, pero no me podía permitir que me enviara al despacho del director. Me acababan de expulsar de la escuela anterior y eso había obligado a mi hermano y a mi tía a desarraigarse una vez más para mudarnos a donde estaba emplazada la nueva escuela.

Cuando la clase terminó al fin, metí mis libros en la mochila y salí de allí a toda prisa. No me apetecía quedarme en clase después de lo que acababa de hacer; el señor Meade podía cambiar de opinión y enviarme ante el director, por lo que decidí dirigirme a mi taquilla de inmediato.

Había montones de carteles a todo color pegados por todos lados en las maltratadas taquillas; en ellos se invitaba a los estudiantes a unirse al grupo de debate, a actuar en la obra de teatro escolar y a asistir el viernes al baile «semiformal» de otoño. Me pregunté a qué se referirían con «semiformal» en una escuela pública, pero no me atreví a preguntar.

Llegué a mi taquilla y comencé a cambiar de libros. Sin siquiera darme la vuelta, supe que Finn estaba detrás de mí. Eché un vistazo atrás y lo encontré bebiendo agua del surtidor. Casi en cuanto lo miré, levantó la cabeza en mi dirección; era como si también pudiera percibirme.

Finn se limitó a observarme, eso fue todo, pero por alguna razón aquello me perturbó demasiado. Había soportado que lo hiciera durante toda la semana para no tener que enfrentarme a ello, pero ya empezaba a estar harta. Era él quien estaba actuando de una manera inapropiada, no yo. En ese momento decidí que sólo trataría de dialogar con él, sin meterme en problemas; ¿sería posible?

—Oye —le dije al tiempo que golpeaba la puerta de la taquilla. Reajusté las correas de mi mochila y atravesé el pasillo hasta llegar a donde él estaba—. ¿Por qué no dejas de mirarme?

—Porque estás frente a mí —respondió él con sencillez sin quitarme la vista de encima. Sus ojos enmarcados por oscuras pestañas no mostraban la menor traza de vergüenza o negación siquiera. Era insoportable.

—Pero si no dejas de mirarme —insistí—. Es extraño. Tú eres extraño.

—No intentaba encajar.

—Pero ¿por qué me miras todo el tiempo? —reformulé un poco la pregunta, viendo que aún no me daba una respuesta decente.

—¿Te molesta?

—Contesta. —Me enderecé para tratar de intimidarlo y de que no se diera cuenta de lo nerviosa que me ponía.

—Todo el mundo te mira —dijo Finn con desenfado—. Eres muy atractiva.

Sonaba como un halago, pero la falta de emoción en su voz me impedía distinguir si se estaba mofando de la vanidad que yo ni siquiera tenía o si sólo estaba señalando los hechos. ¿Me estaba haciendo un cumplido o estaba tratando de burlarse de mí? ¿O sería algo completamente distinto?

—Pero nadie me observa tanto como tú —añadí tratando de no alterar la voz.

—Si te molesta, dejaré de hacerlo —ofreció Finn.

Estaba en aprietos. Si le pedía que no me mirara más, estaría admitiendo que me molestaba, y eso era algo que no estaba dispuesta a hacer. Pero si le mentía y decía que no había problema, entonces seguiría molestándome.

—No te he pedido que dejes de hacerlo, sino que me digas por qué lo haces —le aclaré.

—Te lo acabo de decir.

—No, eso no es cierto. —Negué con la cabeza—. Has dicho que todo el mundo me miraba, pero en realidad no me has explicado por qué lo haces tú.

La comisura de sus labios se levantó de forma casi imperceptible insinuando una sonrisa. No sólo le parecía graciosa, sino que pude darme cuenta de que también se sentía complacido con mi actitud; era como si me hubiera desafiado y ahora constatará que había superado la prueba.

Mi estómago dio una estúpida voltereta como nunca me había pasado antes y tuve que tragar saliva para intentar mantenerme quieta.

—Te miro porque no puedo dejar de hacerlo —respondió por fin.

Me quedé atónita tratando de encontrar alguna respuesta ingeniosa, pero mi cerebro se negaba a funcionar. Al darme cuenta de que tenía la mandíbula relajada y que debía de parecer una colegiala asustada, hice cuanto pude para recobrar la calma.

—Eso es desagradable —contesté al cabo de un rato; sin embargo, sonó más a pregunta que a acusación.

—Entonces trataré de no provocarte ese sentimiento —prometió Finn.

Le acababa de decir que lo que hacía era desagradable y ni siquiera se había inmutado. No había balbuceado ofreciendo disculpas ni se había sonrojado; se había limitado a seguirme mirando, imperturbable. Lo más probable era que fuera un maldito sociópata, pero por alguna razón la sola idea me resultaba atractiva.

No fui capaz de responderle con sagacidad, pero la campana sonó y supe que me acababa de salvar del resto de una conversación bastante incómoda. Finn se limitó a asentir, lo que puso fin al encuentro, y se dio la vuelta para dirigirse a su siguiente clase, que por suerte era una de las pocas en las que no coincidíamos.

Fiel a su palabra, cambió de comportamiento durante el resto del día. Cada vez que me volvía lo encontraba haciendo algo inofensivo que no implicaba mirarme. Seguía teniendo la sensación de que me observaba en cuanto le volvía a dar la espalda, pero no había manera de comprobarlo.

A las tres de la tarde, cuando la campana sonó por última vez, traté de ser la primera en salir. Matt, mi hermano mayor, venía todas las tardes a recogerme a la escuela y lo seguiría haciendo hasta que encontrara un trabajo, y yo no quería que tuviera que esperarme demasiado. Además, tampoco quería volver a toparme con Finn Holmes.

Caminé de prisa hasta el aparcamiento, que estaba al otro lado del prado donde se hallaba la escuela. Mientras trataba de localizar el Prius de Matt, empecé a morderme la uña del pulgar para distraerme. Tenía una sensación extraña, como si un escalofrío me recorriera la espalda. Me volví de improviso casi esperando sorprender a Finn mirándome, pero no estaba ahí.

Traté de librarme de aquella sensación, pero mi corazón latía de prisa; Finn resultaba más siniestro que cualquier otro

chico de la escuela. Seguí buscando en la distancia intentando descubrir qué era lo que me desconcertaba tanto, pero de repente oí un fuerte claxonazo que me hizo saltar. Matt estaba a unos cuantos coches de distancia, mirándome por encima de sus gafas de sol.

—Lo siento. —Abrí la puerta del coche, subí y él me siguió observando durante un momento.

—¿Qué?

—Estás nerviosa. ¿Ha pasado algo? —preguntó Matt. Suspiré; tenía por costumbre tomarse su papel de hermano mayor demasiado en serio.

—No, nada fuera de lo normal. La escuela apesta —le contesté para que dejara el tema—. ¿Nos vamos ya?

—El cinturón —ordenó Matt, y yo lo obedecí.

Matt siempre había sido callado e introvertido, y pensaba las cosas muy bien antes de tomar cualquier decisión. Era lo opuesto a mí en todos los sentidos, excepto en el hecho de que ambos éramos bastante bajitos. Yo era pequeña y tenía un rostro francamente femenino y bonito. Mi cabello castaño era un indomable amasijo de rizos que llevaba sueltos.

El cabello de mi hermano era rubio rojizo y siempre lo llevaba corto y bien arreglado. Sus ojos eran tan azules como los de nuestra madre y, a pesar de que no era muy musculoso, tenía una figura robusta y atlética como resultado de hacer mucho ejercicio. Matt tenía un gran sentido de la responsabilidad y se sentía obligado a asegurarse de ser lo suficientemente fuerte para defendernos de todo.

—¿Cómo van las cosas en la escuela? —preguntó.

—Genial, fantástico, increíble.

—¿Eso significa, al menos, que este año te vas a graduar? —Matt había dejado de juzgar mi esfuerzo en la escuela mucho

tiempo atrás; en el fondo, ni siquiera le importaba si me sacaba los estudios.

—Quién sabe —contesté, encogiéndome de hombros.

A dondequiera que iba, parecía desagradarles a los otros chicos; incluso antes de decir o hacer cualquier cosa. Sentía como si hubiera algo malo en mí y todo el mundo lo notara. Había intentado llevarme bien con los demás, pero siempre me trataban mal y al final me hartaba y contraatacaba a mi manera. Los directores de las diferentes escuelas por las que había pasado me expulsaban a la menor provocación, tal vez porque percibían en mí lo mismo que mis compañeros.

En pocas palabras, no encontraba mi lugar.

—Sólo te advierto que Maggie se lo está tomando muy en serio —agregó Matt—. Está decidida a que te gradúes este año de la secundaria.

—Pues qué bien —suspiré. A Matt no podía interesarle menos mi educación, pero la situación con tía Maggie era muy distinta y, como era mi tutora legal, sus opiniones tenían mayor peso—. ¿Y cuál es su plan?

—Está pensando en tu hora de dormir —me informó Matt con una risita burlona. Claro, como si enviarme a la cama más temprano pudiera evitar que me metiera en líos.

—¡Pero si casi tengo dieciocho años! —gruñí—. ¿Qué tiene en la cabeza?

—Faltan cuatro meses para que los cumplas —corrigió Matt con mucha intención, y sujetó el volante con más fuerza. Mi hermano tenía la extraña creencia de que en cuanto cumpliera los dieciocho años yo huiría de casa, y no había nada que pudiera decirle que lo convenciera de lo contrario.

—Bueno, vale, pues eso. —Con un ademán le hice saber que me daba lo mismo—. ¿Y le dijiste que está loca?

—No, supuse que tú ya se lo has repetido en más de una ocasión. —Me sonrió.

—Por cierto... ¿has encontrado trabajo? —pregunté con cautela. Él sólo negó con la cabeza.

Ese mismo verano Matt había finalizado un período de prácticas en un prestigioso despacho de arquitectos. Había dicho que no le molestaba mudarse a un pueblo donde no parecía haber muchas oportunidades para un prometedor y joven arquitecto, pero me sentía culpable de todos modos.

—Es un pueblo agradable —dije mientras miraba por la ventana.

Nos acercamos a la casa nueva. Estaba escondida en una ordinaria calle de los suburbios, entre un montón de arces y olmos. A pesar de que parecía que hubiéramos llegado al típico pueblecito aburrido, me había prometido a mí misma tratar de pasarlo bien. Y la verdad era que no deseaba otra cosa, porque ya no quería seguir decepcionando a Matt.

—Entonces ¿sí que vas a esforzarte aquí? —preguntó Matt sin dejar de mirarme. Aparcamos ante la entrada, junto a la casa victoriana de color crema que Maggie había comprado el mes anterior.

—Ya lo estoy haciendo —insistí con una sonrisa—. Hoy he estado charlando un rato con un chico, Finn. —Preferí no especificar que había hablado con él apenas una vez y que en realidad no me habría atrevido ni remotamente a contarle como amigo, pero tenía que decirle algo a Matt.

—Vaya, mírate, haciendo tu primer amigo. —Matt apagó el motor del coche sin dejar de mirarme con expresión de alegría mal disimulada.

—Ajá, eso mismo, y... ¿cuántos amigos tienes tú, por cierto? —respondí contraatacando. Se limitó a sacudir la cabeza y

salió del coche. Lo seguí, pisándole los talones—. Lo que imaginaba.

—Yo ya he tenido amigos; he ido a fiestas y he besado a chicas. Ya sabes, todo lo que se supone que debe hacer un joven —dijo Matt al tiempo que entraba en casa por la puerta lateral.

—Eso es lo que tú dices. —Me quité los zapatos en cuanto entramos en la cocina, donde todavía faltaban muchas cosas por desempaquetar. Nos habíamos mudado tantas veces que ya estábamos cansados de todo el proceso, y casi nos habíamos acostumbrado a vivir entre cajas—. Yo sólo he visto a una de esas chicas a las que supuestamente has besado.

—¿Y qué te esperabas? Si la única vez en que llevé a una a casa ¡le prendiste fuego a su vestido! ¡Y lo peor es que todavía lo llevaba puesto!

Matt se quitó las gafas oscuras y me miró con severidad.

—Ay, por favor —dije—, eso fue un accidente y lo sabes de sobra.

—Eso es lo que tú dices. —Matt abrió la nevera.

—¿Hay algo apetecible? —le pregunté al tiempo que me sentaba junto a la mesa de la cocina—. Me muero de hambre.

—Lo más seguro es que no te guste nada. —Matt escudriñó el contenido de la nevera, pero estaba en lo cierto.

Me caracterizaba lo selectiva que era para los alimentos. Aunque en realidad nunca había tratado de convertirme en vegana a propósito, parecía odiar todos los alimentos que contenían carne o productos artificiales. Era algo muy peculiar y extremadamente molesto para quienes trataban de alimentarme.

Maggie apareció de pronto en la puerta de la cocina. Sus rizos rubios estaban salpicados de pintura y su viejo mono mostraba capas y más capas de colores, prueba de todas las habitaciones que había redecorado a lo largo de los años. Tenía

las manos en la cintura, por lo que Matt cerró la puerta de la nevera para dedicarle toda su atención.

—Creía haberte dicho que me avisaras cuando llegaras a casa —dijo Maggie.

—¿Ya hemos llegado a casa? —preguntó Matt.

—Conque ésas tenemos. —Maggie hizo un gesto de frustración y se concentró en mí—. ¿Cómo te ha ido en la escuela?

—Bien —respondí—. Me estoy esforzando más.

—Ya he oído eso antes. —Maggie me miró agobiada.

Odiaba que lo hiciera. Odiaba saber que la abrumaba y que la había decepcionado tanto. Ella hacía mucho por mí y lo único que me pedía a cambio era que por lo menos pusiera ganas en la escuela. En esta ocasión tenía que conseguir que las cosas funcionaran.

—Bueno, sí, pero... —Me volví hacia Matt en busca de ayuda—. Es diferente: esta vez hasta se lo he prometido a Matt y... ya estoy haciendo un amigo.

—Sí, ya se habla con un chico llamado Finn. —Con eso, Matt corroboró la noticia.

—¿Te refieres a un chico, chico? ¿A un varón? —Maggie sonrió con demasiado entusiasmo para mi gusto.

A Matt no se le había ocurrido que Finn pudiera interesarme como novio, por lo que se tensó de repente y me miró con un rigor que no había mostrado hasta ese momento. Por suerte para él, a mí tampoco se me había pasado por la cabeza.

—Sí, es un chico, pero no es lo que te imaginas —le aclaré, sacudiendo la cabeza—. Supongo que es sólo un muchacho, no sé, sólo me parece agradable.

—¿Agradable? —preguntó Maggie en un tono exagerado—. ¡Eso ya es un comienzo! Y suena mucho mejor que lo de aquel anarquista del tatuaje en la cara.